

# 1

Se habló tanto de la nueva profesora de música antes de su llegada que su aparición fue casi decepcionante. Sin embargo, pronto averigüé que Ali Mather jamás permitía que nada la eclipsara, ni siquiera la publicidad que la precedía. El primer día de clase, arrugó la nariz cuando un estudiante la llamó señora Mather. «Por favor, llámame Ali», dijo. Bien, no es de extrañar que nuestro director, Simon Murphy, corrigiera su actitud de inmediato. El segundo día de clase, las palabras SEÑORA MATHER aparecieron en enormes letras mayúsculas en su pizarra. Ali sonrió con ironía y se corrigió: los estudiantes debían llamarla *señora* Mather, tal como solicitaba el *señor* Murphy. Al final de su breve discurso, no obstante, era evidente que en la atmósfera de nosotros-contra-ellos que impregnaba con frecuencia el colegio, Ali era uno de *ellos*. Aunque tuvieran que llamarla señora Mather.

Como secretaria del colegio, yo fui la primera en verla el día que se estrenaba. Debía rondar la cuarentena, pero pasó delante del mostrador de recepción con tal energía que estuve a punto de confundirla con una estudiante. Tal vez debido al pelo que caía sobre sus hombros en ondas fluidas, o a los tejanos que exhibía en desafío al código indumentario. Pero, sobre todo, creo que fue su entusiasmo, un ímpetu que prácticamente despedía chispas mientras recorría el pasillo.

—Una mañana maravillosa, ¿verdad? —dijo sonriente.

—Sí, estupenda —contesté desde detrás de mi mesa, mientras me preguntaba qué clase de persona tenía la audacia de calificar de «maravilloso» un día nublado y húmedo en exceso para estar encerrado en un colegio.

Avery Small, el conserje que a menudo estaba demasiado resacoso para murmurar algo más que un «hola», salió del cuarto de los suministros y se apoyó sobre su escoba.

—Ya lo creo que hace un día estupendo —dijo en dirección a Ali, mientras una sonrisa se abría paso en su rostro—. El mejor que he visto desde hace tiempo.

Su tono lascivo era inconfundible, así como la mirada clavada en su culo.

—¿No tienes trabajo que hacer? —le recriminé con acritud—. ¿Como limpiar un charco de vómitos o algo por el estilo?

Pero Ali miró hacia atrás y exhibió su sonrisa más radiante. La mujer era la generosidad personificada.

Avery rezongó mientras se alejaba con su escoba. Entretanto, yo me quedé inmóvil en el vestíbulo y miré a la nueva profesora como hipnotizada. El estuche de su violín se balanceaba provocativamente al ritmo de su paso. Era un objeto viejo y baqueteado, impropio de un músico profesional. Me recordó los estuches mellados que los chicos llevaban al instituto los miércoles cuando iban a dar clase de instrumentos de cuerda. Pero no era en esos estudiantes en quienes estaba pensando mientras contemplaba aquel estuche de violín que se balanceaba como un metrónomo al ritmo personal de Ali. No, al verlo, algo se había despertado en mi interior, en un lugar casi prohibido para mí.

Cerré los ojos y vi a mi hermano dando grandes zancadas por la casa, balanceando su gastado estuche de violín. *Eh, J.J., ¿estás en casa?*, llamaba cuando entraba, y golpeaba la puerta de mi dormitorio. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que me llamaron J.J., el mote que utilizaba mi familia?

De improviso mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Qué estaba haciendo? ¡Era el primer día de clase, por el amor de Dios! Me enderecé y sequé mi cara, mientras me preguntaba qué demonios me había pasado. Hacía veinticuatro años que mi hermano había muerto, y ya casi nunca pensaba en él. Ni en mis padres, fallecidos poco después. Oh, sí, les echaba de menos y todo eso, pero pensar en el pasado no servía de nada. Mi marido, Gavin, me lo había enseñado.

De pronto, Ali Mather se detuvo, dio media vuelta y me miró, casi como si me hubiera leído la mente. Debieron ser imaginaciones

mías, pero tuve la impresión de que sus ojos reflejaban mi propia tristeza y confusión. Pero por encima de todo, aquellos ojos me miraban con una comprensión casi extraordinaria. Una vez más, reprimí el ridículo impulso de estallar en lágrimas en el edificio del instituto. Por suerte, la profesora de música se volvió y continuó andando hacia el aula antes de que me pusiera en ridículo por completo.

De todos modos, por algún motivo inexplicable, me sentía afectada. Durante el resto del día, cada vez que miraba hacia el pasillo por donde Ali había desaparecido, veía a mi hermano deambular por la casa con su violín, seguido por la voz de mi madre: *Una hora de práctica, Jimmy, sólo te pido eso.*

¿Cuántas tardes le había perseguido para que practicara? Si hubiera sabido lo pronto que moriría, lo pronto que morirían todos, tal vez le habría dejado en paz. Exhalé un profundo suspiro.

En cuanto terminé de anotar las ausencias consignadas en las hojas de asistencia, encontré una excusa para abrir la carpeta donde guardaba las solicitudes. Lo primero que averigüé sobre la nueva profesora de música fue que «Ali» era el diminutivo de Alice. Alice Christine Mather. Edad: cuarenta y seis años. *¡Cuarenta y seis años!* Admito que tuve que mirar su fecha de nacimiento tres veces antes de creerlo. Incluso consulté los datos de su instituto y su licenciatura universitaria. Pero era correcto. Ali tenía cuarenta y seis años, nueve más que yo.

Bajo ESTADO CIVIL había escrito con lápiz «separada», como si aquello fuera a cambiar de un momento a otro. Sabía todo acerca de su marido gracias a las habladurías que recorrían nuestra pequeña ciudad a la velocidad de un virus desagradable. La mitad de las mujeres de la ciudad creía que Ali les había robado a George Mather. Nadie lo diría si lo mirabas ahora, pero cuando ejercía la abogacía en la calle Mayor, el marido de Ali había encendido las fantasías de muchas féminas mientras recorría las calles con sus trajes oscuros y la melancólica mirada de sus ojos azules. Con pinta de distraído y nariz ganchuda, George Mather no

era un guapo convencional, sino el espécimen más raro: un buen hombre. La gente decía que su habilidad en los tribunales sólo se veía superada por una compasión dispensada por igual a víctima y acusado.

Todas esas fantasías sobre nuestro perturbador abogado terminaron bruscamente cuando una hermosa violinista llegó a la ciudad para tocar en un concierto en Howell College y hechizó a nuestro soltero de oro. Después de casarse con Ali, George sufrió un cambio radical. Un día, en la sala del tribunal, se volvió de repente hacia su propio cliente, y dijo que nunca más volvería a representar a gente tan descaradamente culpable. Después arrojó con elegancia su maletín al cubo de la basura y salió de la sala, más libre que cualquier acusado recién declarado inocente.

Cuando George decidió volver a la universidad para licenciarse en filosofía, y entraba encorvado en las aulas con los trajes arrugados que tan bien le quedaban en las salas de los tribunales, el anhelo que había despertado en otro tiempo se transformó en compasión. Quienes creían conocer a George Mather estaban seguros de a quién debían culpar de aquel nuevo comportamiento errático: a su extravagante esposa, la violinista cuyos frecuentes viajes impedían que se la viera a menudo por la ciudad.

Bajo PERSONA DE CONTACTO, Ali no había apuntado a su devoto marido, sino a Jack Butterfield, otro nombre conocido en Bridgeway. El apuesto Jack Butterfield era el propietario del concesionario Saab, y se creía que había convencido con su encanto de que compraran coches que no deseaban a más mujeres que cualquier otro vendedor del estado. También estaba «separado», si yo no recordaba mal. Al describir su relación, Ali había escrito «amigo personal íntimo».

Todavía seguía contemplando aquellas palabras provocadoras, cuando Simon Murphy entró. Devolví a su sitio el expediente al instante, y cerré el cajón metálico con tal celeridad que casi me pillé una uña recién manicurada. Por suerte, Simon no es suspicaz. Sólo pensaba en su café, que por primera vez en ocho años me ha-

bía olvidado de preparar. Mientras llenaba la cafetera, me reprendí por el peligro que había corrido. En realidad, no era necesario fisgonear en los archivos, pues las habladurías eran tan baratas y abundantes como las pizzas gomosas de la cafetería.

No tuve que esperar mucho para saciar mi curiosidad. Aquel día, en el comedor, ocupé mi asiento habitual con el profesor de manualidades, Brian Shagaury. Nuestra mesa se encontraba en un rincón tranquilo, lejos de los cotilleos. Ambos detestábamos que se etiquetara a los estudiantes de alborotadores u holgazanes sin más ni más. Me sentía particularmente incómoda cada vez que oía reprender a un estudiante. No lograba evitar preguntarme qué dirían de mi hijo Jamie cuando yo no estuviera delante.

—Alerta de contaminación atmosférica —dijo Brian cuando me senté frente a él con mi bandeja. Era nuestro código para las calumnias que pasaban por chismorreos sin malicia en el comedor. Pronto resultó demasiado evidente que la agraciada no era otra que Ali Mather, quien estaba comiendo en el césped, justo al otro lado de la ventana. A su lado, Adam Belzner, uno de los estudiantes más brillantes del instituto y un músico dotado, estaba tumbado sobre la hierba y la escuchaba embelesado. Debí decir algo bastante divertido, porque Ali echó hacia atrás la cabeza y rió, de manera que su cabello rojodorado destelló. Pensé en lo gris que había sido la mañana hasta aquel instante, y me pregunté si el sol había salido porque Ali Mather lo había ordenado.

—Mírala con esos tejanos. ¿Se habrá enterado de que existen regulaciones en materia de indumentaria? —bufó Eleanor Whitfield. Daba clases de álgebra desde tiempo inmemorial, y los estudiantes decían en broma que ya utilizaba los mismos tres vestidos de punto cuando había dado clase a sus padres—. Al menos, podría haberse puesto algo presentable su primer día de clase.

Fue entonces cuando Nora Bell apareció en la puerta con su uniforme blanco de la cafetería. Aunque irrumpía pocas veces en el

comedor de los profesores, daba la impresión de que poseía un dispositivo que la alertaba del sonido de cotilleos, sobre todo cuando giraban en torno a la profesora de música. Ali vivía en su misma calle, en la acera de enfrente, y Nora se consideraba la máxima autoridad mundial en la vida de su vecina.

—Mira, la directora general de Chismorreos, Sociedad Anónima —anunció Brian, puesto que yo estaba sentada de espaldas a la puerta. Me reí del mote que le habíamos dado a Nora Bell, pero Brian ya estaba de pie, vaciando su comida sin terminar en el cubo de la basura—. He perdido el apetito. ¿Salimos a fumar un cigarrillo?

—No me tientes —dije—. Estoy intentando dejarlo.

Azuzada por el acoso incesante de mi marido, siempre estaba intentando abandonar mi perjudicial adicción de un paquete al día. Y siempre fracasaba. Brian, bien enterado de mis esfuerzos condenados al fracaso, me dirigió una mirada escéptica antes de dirigirse hacia la zona de picnic de Ali. Yo no estaba dispuesta a admitir que, por una vez, sentía curiosidad por lo que Nora iba a decir.

—¿Por qué han de preocuparle las regulaciones en materia de indumentaria? No es que necesite el empleo —dijo la mujer, al tiempo que se sacudía una miga de la blusa—. George Mather todavía la mantiene, y muy bien. La semana pasada me dijo que no había aceptado el empleo por el dinero. Lo hace porque le gusta trabajar con gente joven.

Fue como si Nora hubiera arrojado una cerilla a la sala.

—Si no necesita el dinero, que envíen los cheques a mi dirección —dijo el profesor de historia. Todo el mundo sabía que Tom Boyle acababa de divorciarse y tenía dificultades para pagar la pensión alimenticia de su hijo.

—¿Le gusta trabajar con adolescentes? Ya veremos cuánto le dura —añadió Eleanor Whitfield, lo cual provocó grandes carcajadas.

—Pobre George Mather —terció Nora, con el fin de desviar el tema hacia la vida personal de Ali—. Tanto cerebro, y no se da

cuenta de lo tonto que es. Aún aparece en su casa cada día a las siete de la tarde, para ir a dar un paseo y tomar un café, bueno, si su mujer no tiene una cita.

Bien, aquello fue suficiente para mí. Pensé en la bondad que había visto en sus ojos en el pasillo, y en aquel estuche de violín oscilante. Si había que tomar partido, la decisión era fácil: yo estaba del lado de Ali. Las cotillas aún seguían riendo y cloqueando cuando salí a buscar a Brian.

Desde aquel día, siempre que ella pasaba ante mi escritorio y me endosaba alguna de sus alegres afirmaciones sobre lo espléndido del día, yo sonreía. Y cuando me enteraba de que Ali había quebrantado otra norma, o la oía reír en el pasillo con algún estudiante, me alegraba por dentro. *Bien por ella*, pensaba, y la seguía con la mirada. *Bien por ella*.

En cuanto a Ali, sólo reparaba en mi existencia cuando pasaba ante el escritorio y me dedicaba uno de sus buenos días entusiastas. Nunca se detenía para pedirme que le fotocopiara material para la clase o que le buscara algo en el ordenador, como hacían los demás profesores. Incluso cuando almorzaba en el comedor, Ali hacía caso omiso de los grupos congregados alrededor de las mesas de formica, que se quejaban de los estudiantes alborotadores o de los ayudantes que no hacían su trabajo. Ali jamás intentaba penetrar en los círculos arraigados, como la mayoría de los recién llegados. En cambio, saludaba efusivamente a todo el mundo, y después se abstraía en alguno de los libros que cargaba en la mochila, por lo general novelas de título enigmático. De vez en cuando, sacaba una libreta cubierta de seda roja y escribía en un rincón. Escribía un rato, y después mordisqueaba el extremo del bolígrafo con aire pensativo antes de volver a la carga. Envidiaba su capacidad de desconectar de los murmullos de la sala.

—¿Qué es eso, su diario? —preguntó un día Tom Boyle, mientras veía escribir a Ali—. Pensaba que eso era propio de niñas de trece años...

—Al parecer, no has oído hablar jamás de Anaïs Nin. Ni de

*Los diarios de Sylvia Plath*, por ejemplo —dije con más acritud de lo que pretendía.

—¡Caray, no te pongas tan agresiva! —dijo Tom, al tiempo que levantaba la mano como para detenerme—. ¿Sois parientes o qué?

No contesté, pero la pregunta flotó en el aire. ¿Por qué me tomaba como algo personal un insulto dirigido contra una mujer a la que apenas conocía? ¿Porque tocaba el violín como Jimmy? ¿Por qué me había sonreído con amabilidad el primer día de clase? ¿Tan desesperada estaba por recibir una señal de amistad? De pronto, me sentí inquieta. Levanté mi bandeja y vacié la comida en el cubo de la basura, intacta. Sabía que Tom Boyle me estaba mirando, pero me daba igual.

Es posible que Ali también hubiera oído comentarios sarcásticos sobre su diario. O la preocupaba que algún estudiante curioso pudiera leerlo. Fuera cual fuera el motivo, dejó de llevarlo al colegio. Y por supuesto, incluso eso significó alimento para la aburrida multitud del comedor.

—Alguien le habrá dicho por fin que su literatura pornográfica está prohibida en el edificio de un instituto —dijo Marnie Lovejoy con particular regocijo. Marnie daba ciencias sociales y, hasta que Ali había llegado, era la comidilla en el comedor de los profesores. Por su desesperada búsqueda de marido. Las faldas cortas que lucía a pesar de sus piernas robustas. El hecho de que siempre estuviera a punto para «consolar» a Tom Boyle cuando hablaba de su divorcio.

La gente me decía en broma que Marnie también se sentía atraída por mi marido. Desde que le había curado el brazo roto unos años antes, no paraba de alabar al guapo traumatólogo que la había «salvado». Jamás había considerado que valía la pena dirigirme la palabra, una vulgar secretaria, hasta que descubrió que era la esposa del doctor Cross. Desde entonces, no había podido ser más cordial. Incluso me había obsequiado con sus torpes intentos de re-



postería. Pesadas tartas de café que te provocaban indigestión, galletas de chocolate chamuscadas...

—Dígale al doctor Cross que son de parte de Marnie —decía con un guiño. Yo siempre le aseguraba que a Gavin le encantaban, aunque lo cierto era que mi marido, siempre muy preocupado por la salud, consideraba la tarta de café como matarratas.

Brian Shagaury me habló en voz baja en nuestra mesa apartada.

—Menos mal que Ali se ha dejado el diario en casa. Imagina que uno de esos buitres le echara mano. Saldría en la primera plana del *Bridgeway Patriot*.

Por mi parte, no me interesaba lo que la profesora de música escribía en su diario. Por lo que yo sabía, podía ser algo tan inofensivo como partituras. Lo que me fascinaba eran los libros que leía. Cuando se iba, apuntaba los títulos en el cuaderno que guardaba en mi bolso. Yo también era una lectora voraz. Devoraba más de cien libros al año, y a veces leía hasta altas horas de la madrugada. Leía hasta olvidar cualquier incidente molesto que hubiera ocurrido en casa aquel día, o hasta que el libro se me caía de las manos, lo primero que fuera. Pero los libros que Ali leía eran diferentes. No sólo muchos de ellos estaban ambientados en lugares exóticos, sino que me zambullían más que nunca en el paisaje del corazón humano. Con franqueza, algunos, sobre todo los que analizaban familias desdichadas, me ponían incómoda. Aun así, continuaba leyendo.

En una ocasión, Ali vio uno de los libros que me había «recomendado» sin saberlo sobre la mesa donde dejaba mis cosas.

—¿Quién está leyendo esto? —preguntó al tiempo que se sentaba en la silla que había frente a la mía.

Cuando descubrió que era yo, asintió, como si no estuviera sorprendida.

—¿No es maravilloso? —preguntó.

Me sentí complacida en secreto por las miradas que se intercambiaron cuando la gente nos vio sentadas juntas, hablando de un libro que las dos amábamos. La conversación no se prolongó mucho y am-

bas volvimos a nuestra lectura, pero aquel día se formó un vínculo que trascendía los libros. Cuando uno de los profesores emitió un comentario particularmente desdeñoso sobre uno de los estudiantes, Ali me miró por encima de la portada del libro. La ira que alumbraba en sus ojos no llamaba a engaño, y estoy segura de que detectó la misma reacción en los míos.

Ali no frecuentaba mucho el comedor. Tal vez intuía que, aparte de Brian y yo, nadie la consideraba bienvenida. En las escasas ocasiones en que intentaba sumarse a la conversación, sus comentarios sólo servían para que sus colegas se distanciaran todavía más de ella. Una tarde, cuando una profesora sustituta de inglés se estaba quejando del elevado precio de una reparación efectuada en su todoterreno, Ali levantó la vista de su libro, se quitó las gafas de leer e informó acerca de su punto de vista sobre los automóviles en general. Había dejado caducar su permiso hacía más de quince años, dijo, y nunca lo echaba de menos.

—Si quieres saber mi opinión, los coches están destruyendo Estados Unidos. No se trata tan sólo de la contaminación y el agotamiento de los recursos energéticos. Han conseguido convertirnos en gente gorda y perezosa.

Después de su pequeño discurso, se levantó y lavó su taza de café en el fregadero, antes de ofrecernos el espectáculo de su bien torneado culo cuando salió enfadada del comedor.

Siguió un momento de silencio estupefacto, hasta que la sustituta habló.

—No sé vosotros, gente gorda y perezosa, pero yo voy a comer otro *brownie*.

De acuerdo, puede que Ali hubiera manifestado cierta superioridad moral, pero no carecía de razón. Estaba a punto de proclamarlo en voz alta, cuando observé que Brian, sentado frente a mí, estaba más que irritado. Estaba furioso. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, supe en aquel preciso momento que había algo

entre Ali y él. Oh, nada que hubiera podido demostrar. Era una de esas cosas que sabes, y punto.

A medida que transcurrían las semanas, vigilé a mi amigo por si detectaba señales de haberme equivocado, pero Brian empezó a evitar el comedor y a mí. Cuando otros profesores observaron que merodeaba cerca del despacho de Ali, o los vieron a los dos tomando té en el céspedes, también empezaron a alimentar sospechas. En cuanto a mí, me bastó una mirada para saber que Alice Christine Mather se había agenciado otro «amigo personal íntimo».

Me lo tomé casi como una traición personal. Brian Shagaury era el único profesor que me caía bien. No sólo comíamos juntos, sino que solía demorarse en la oficina y me contaba historias acerca de sus tres hijos pequeños, o sobre su pasión personal: las esculturas de metal que hacía en su garaje los fines de semana. Me sentía muy agradecida por la sensibilidad con que trataba a los estudiantes que tenían fobia al taller, como Jamie. Lo peor era que había confiado en hacerme amiga de Ali, pero desde que había iniciado su relación con Brian, daba la impresión de que evitaba a todo el personal del colegio, incluida a mí.

Me esforcé por convencerme de que tanto los chismorreos del comedor como mi intuición eran erróneos. Para empezar, ¿para qué querría Ali a Brian? Ya tenía un marido y un novio, por el amor de Dios. Y con sólo treinta y un años, Brian era demasiado joven para ella. Pero entonces pensé en todos los motivos que me habían atraído hacia él: su sensibilidad, la sensación de que no encajaba en el ambiente caótico del instituto, su apostura tranquila. Casi era el contraste perfecto de la teatral violinista.

Para colmo, yo también conocía a la esposa de Brian. Antes de que naciera su tercer hijo, Beth Shagaury había hecho sustituciones de vez en cuando en el instituto, y aún nos encontrábamos en numerosas ocasiones. Sus críos eran mucho más pequeños que Jamie, pero Beth y yo nos veíamos con frecuencia en el campo de fútbol

entre partido y partido. También daba la impresión de que compartíamos el mismo horario de compras. Los sábados por la mañana, solía toparme con ella en los pasillos del Shop n' Save. Se la veía cansada y desbordada mientras intentaba controlar a los dos niños hiperactivos en el supermercado, al tiempo que el bebé, otro chico de unos nueve meses, que cargaba apoyado sobre la cadera, tiraba cosas de los estantes.

Después de aquella mirada de Brian en el comedor, estudié con más detenimiento a su esposa la siguiente vez que la vi en los grandes almacenes, y la comparé con su rival desconocida. Llevaba el pelo oscuro corto y su cara estaba desprovista por completo de maquillaje. Tenía ese buen aspecto natural que no precisa de muchos cosméticos: un cutis impoluto, tez perfecta y ojos bien definidos. Y su belleza debía ser más natural que la de Ali, pero ¿de qué le servía un cabello lustroso y unos pómulos pronunciados a una mujer con el ceño siempre fruncido, que se vestía con tejanos abolsados y sudaderas, y que debía meterse en la cama oliendo a zanahorias *baby*?

Mientras la veía elegir con aire inocente manzanas en la sección de verdulería, me pregunté cómo se lo tomaría cuando descubriera que su marido estaba liado con una mujer con edad casi suficiente para ser su madre.

Como si supiera que estaba pensando en ella, Beth alzó la vista y me miró. Al instante, pensé en cómo se había animado la expresión de Brian cuando Ali pasó junto a nosotros en el pasillo.

—¿Ya hemos terminado por hoy? —había preguntado a Brian. Era casi la más normal de las preguntas, pero algo en su tono de voz consiguió que sonara como si estuviera flirteando. Incluso excitante. Como si de pronto «hoy» rebosara de posibilidades que no habían existido antes de que Ali hubiera aparecido en aquel pasillo. En respuesta, Brian la siguió como uno de aquellos colegiales perdidamente enamorados que le pisaban los talones por todo el edificio.

—Hablaremos más tarde, Jeanne —me dijo, casi como si se le hubiera ocurrido en el último momento.

Beth interrumpió mis pensamientos con un breve saludo y volvió a sus manzanas, con la esperanza de evitar la mecánica conversación que sosteníamos los sábados por la mañana. *¿Cómo está Jamie? ¿Preparado para la temporada de fútbol? El bebé está creciendo muy deprisa. Sí, en todo, como puedes ver... Bien, que tengas un buen fin de semana.*

Aquel día en concreto, no obstante, sentí una oleada de vergüenza, como si saber lo que estaba pasando entre su marido y la profesora de música me convirtiera en cómplice. Me desvié con brusquedad por el pasillo siguiente y consulté la lista de la compra. Al final de la hoja, Jamie había añadido algunos artículos para él, escritos con su apretada letra infantil, la mitad en mayúsculas y la otra mitad en minúsculas: PatAtAs fritas. boLLycaoS. helado de ChocolatE a la mEntA. Bombones de manTEquilla de cacahuete. Añadido al final había un quejumbroso ¡POr Favor, MAMÁ! Tan sólo de leer la lista, se me revolvió el estómago. No estaba segura de qué era lo que más me irritaba: la caligrafía infantil, las faltas de ortografía y las mayúsculas mal puestas, o la petición de más comida basura cuando el niño sabía que estaba a dieta.

A los dieciséis años, Jamie pesaba veinte kilos de más, como mínimo. Y pese a mis esfuerzos por seguir los consejos del pediatra, era incapaz de mantenerle alejado de los dulces y tentempiés cargados de grasa que anhelaba. Aunque me resistía a sus exigencias, aunque sólo llegaba a casa con fruta y palitos de zanahoria, sabía que encontraría la misma montaña de envoltorios de caramelos, latas de refrescos y bolsas de patatas fritas al fondo de su armario y debajo de su cama. Pese a estas señales de alimentos prohibidos, y mi curiosidad por saber de dónde sacaba el dinero para comprarlos, nunca le decía lo que había descubierto. Pensaba que su ansia inagotable de las cosas que contenían aquellos paquetes era un secreto vergonzoso que compartíamos, tan culpa de él como mía.

Derrotada, tiré un paquete de bombones de mantequilla de cacahuete en el carro, mientras me preguntaba por qué me había tomado la molestia. Por qué alguien de la familia se preocupaba. En

el siguiente pasillo oí la voz de Beth Shagaury, ordenando al hijo mayor que cogiera una caja de barras de cereales con fresa. Mientras pensaba en todos los esfuerzos que llevaba a cabo por crear una vida de familia, sólo para que una mujer le robara el marido, al que seguramente ni siquiera deseaba, tiré en el carro un paquete de barras de caramelo que Jamie no había pedido. Abandoné mi lista, las planificaciones de menús que procuraban incluir los cuatro grupos alimenticios y llené el carro al azar, ansiosa por salir del supermercado.

Cuando llegué al coche, estaba temblando. *¿Qué te pasa?*, me pregunté mientras cargaba en el coche las bolsas de plástico. *No tienes pruebas de que haya algo entre Ali y Brian. Y aunque fuera así, ¿qué más te da?* Pero en el fondo, no era por haber visto a la pobre Beth arrastrando a sus críos por la tienda mientras su marido soñaba con la profesora de música. Era por Jamie. Era por mi propia familia, por mi hogar, un lugar donde todo parecía estar en su sitio, controlado, pero no era así. En absoluto.